

1944

NORMANDIA

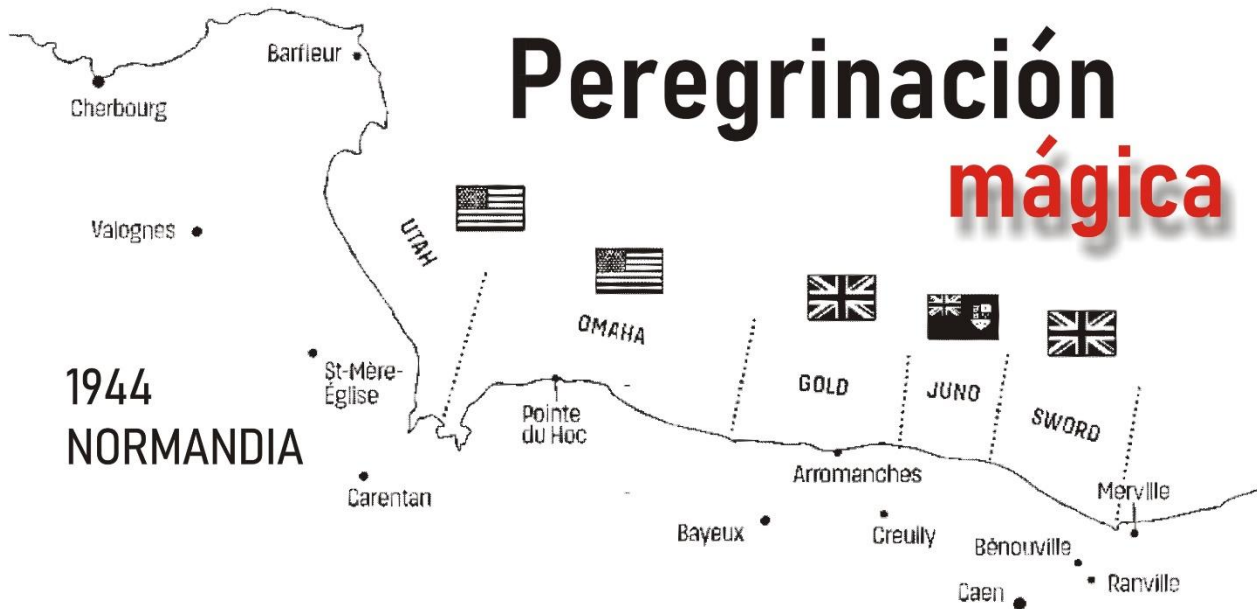
Peregrinación mágica

Memorias
del
Tiempo de Vuelo

los recuerdos son dinero en el bolsillo del alma



Pilotoviejo



Mayo de 2014, Englesqueville-la-Percée, Normandía.

Tres grandes y muy viejas vigas de madera de bordes irregulares sostienen el techo de la habitación en la casona Ferme De Rouge-Fosse del siglo XII. Las paredes son gruesos muros de piedra con escasas ventanas altas y estrechas según el estilo normando de la época. Los muebles se corresponden con la edad y larga historia de lo que actualmente es una granja lechera donde dedican una de sus habitaciones al alojamiento de turistas.



Insomne, mirando el antiguo techo, le sube a la garganta una sensación de agradecimiento. Estaba cumpliendo el viejo anhelo de visitar el norte de Francia. Su infancia en los años posteriores a la Segunda Guerra se alimentó con incontables lecturas sobre cada batalla, generando admiración y reconocimiento por los combatientes que, como lo canta el genial Billy Ray Cyrus, “todos dieron algo, algunos lo dieron todo”, en la lucha por la libertad. Y allí estaba, dispuesto a respirar sobre el mismo terreno el mismo aire y ver con sus propios ojos lo leído sobre el Día D tantos años atrás.



Englesqueville-la-Percée está a cinco kilómetros de Pointe du Hoc donde, como parte de la Muralla del Atlántico, los alemanes habían instalado bajo casamatas, seis cañones de 155 milímetros que batían las aguas del Canal de la Mancha enfrente de las playas Omaha y Utah. Sobre un acantilado de treinta metros que se adentra en el mar, la posición estaba resguardada por ametralladoras guarecidas bajo metros de concreto. Este era el vital objetivo asignado, en el plan del desembarco, al Segundo Batallón Ranger del ejército de Estados Unidos.



Al amanecer, Pointe du Hoc está aún desierto de turistas. La soledad y el silencio solo alterado por el graznido de alguna gaviota aumentan la intensidad del lugar y transportan en el tiempo. El terreno está cribado de los grandes hoyos de las bombas con que los aviones aliados saturaron el área días antes del desembarco del 6 de junio. Tras tantos años, los cráteres están recubiertos de vegetación, pero bajo los sombríos verdes se adivina la furia de las deflagraciones provocando profundos boquetes con bordes de tierra pulverizada dibujados prolijamente en ocre, negros y grises.



Pero las casamatas están intactas. Ninguna sufrió un impacto directo. Sólo su exterior muestra, como marcas de viruela, los impactos de la metralla. Sobrecoge entrar a ellas, especialmente a la de las



ametralladoras sobre el acantilado, que dominaba la playa. Al frente se extienden las aguas luminosas del Canal de la Mancha donde comienzan a aparecer los cientos de barcos de la invasión mientras las lanchas de desembarco llegan a la playa y dejan caer sus portalones. Y las manos no pueden soltar la empuñadura de las MG-42, la vibración enturbia la razón, el tableteo ensordece, y se ve a los atacantes caer bajo las balas, rellenando con angustia las historias leídas sobre los que se atrevieron a desafiarlas.

La inmersión en esa extraordinaria historia de coraje inaudito se completa al bajar a la playa y alzar desde allí la mirada a la cima del acantilado. Aún hoy día es una proeza física ascender por la ladera empinada ochenta grados. Los doscientos veinticinco hombres del Segundo de Rangers lo hicieron bajo el fuego alemán que los destrozaba a placer. Logrado el objetivo, apenas quedaban noventa hombres en capacidad de combatir.



Setenta años después, revivir la escena del combate abrumba, asaltando al peregrino el interrogante que se hacen los hombres en la víspera de la batalla: ¿estará a la altura de las circunstancias? ¿venceré el miedo o me resignaré a la cobardía?



Con el alma sobrecargada se sigue la ruta de la peregrinación, marcada por pueblos y ciudades cuyos nombres son los de las batallas de los primeros días de la Operación Overlord: Cherburgo, Merville, Carentan, Saint-Ló, Arromanches, Caen, Bayeux, Sainte-Mere-Eglise..., nombres grabados a fuego en el recuerdo del valor y el sacrificio ofrecido por los soldados que debieron conquistarlos.

En el final, está el lugar postrero de los que en la batalla lo dieron todo. Es donde aquellos que no volvieron a su patria ahora descansan en tierra que, por haberla liberado, pueden considerar como propia.

“All gave some, some gave all”

En la cercana Coleville-sur-Mer hay cerca de nueve mil cuatrocientas tumbas de soldados de los Estados Unidos, la mayoría caídos durante el desembarco y en los días siguientes. Es el Cementerio Americano en Normandía, una inmensa pradera con un ejército de cruces blancas, diferenciadas solo por un nombre y rango. Porque allí yacen soldados rasos al lado de generales, marinos junto a aviadores, artilleros y mecánicos, médicos y capellanes.



El piloto -que lo es porque las historias de los que están allí y de los que lograron sobrevivir encauzaron así su vocación militar- ya no piensa, sólo siente con el dolor de su corazón. No hay razonamiento alguno que permita entender humanamente ese mar de cruces blancas. Es tanto el sufrimiento que esconden, como la hidalguía humana que pregonan. Expresan la capacidad de entrega del soldado para cumplir su misión y el valor moral del jefe para ordenarla. A final, llega algo de entendimiento: gritan libertad.

Tras caminar largamente por el sendero exterior por darle pudor pisar entre las tumbas, el piloto, que tiene pensado su propio homenaje a los caídos en batalla, se interna ahora entre las cruces blancas. Rodeado de ellas, llega la catarsis contenida desde la mañana en Pointe du Hoc.

Y me asalta el llanto. Lloro y lloro como nunca había llorado. Lloro ante tanta historia humana y por la grandeza de cada esfuerzo, de cada miedo superado, de tanta camaradería, de tanta bravura y coraje allí sublimados. Lloro también por mí, por mi familia, por mis amigos y mis camaradas, porque ellos también son parte de este presente que no pudo haber sido sin el pasado allí enterrado.



El momento es mágico. Ya no discuro racionalmente. Poseído por la emoción, me siento en estado de gracia. Tengo en la mano una pequeña medalla recuerdo de mi más querida unidad de vuelo. Me he propuesto dejarla en alguna de los miles de cruces, como un mínimo homenaje personal. ¿Pero en cuál? La egolatría del piloto me impulsa a dejarla en la tumba de un camarada del aire, de un aviador, pero siento que eso sería injusto con los que no lo eran. El dilema se resuelve, será al azar. Contaré desde aquella fila diez filas más de cruces, y entonces contaré diez tumbas hacia la izquierda. En la décima dejaré la medalla.



Una, dos, tres, diez filas hacia adelante. Ahora diez cruces hacia la izquierda. Esta es. Me inclino para dejar la medalla sobre la cruz y leo grado y nombre. Y la magia se consuma: la tumba es la de un piloto, con mi mismo rango y especialidad.

Erguido ante la cruz y haciendo el saludo militar, me llega el sonido del clarín acompañando el arriado de la bandera. Las lágrimas siguen corriendo por mis mejillas.

Pilotoviejo



más Memorias del Tiempo de Vuelo en el sitio web:
www.pilotoviejo.com



más Memorias del Tiempo de Vuelo en Facebook:
www.facebook.com/Pilotoviejo



Créditos:

Texto, imágenes, diagramado y edición, de Pilotoviejo.

Ultima actualización: 03/08/2023

© Jorge Cobas González, 2023